



## La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales

Paloma González del Miño <sup>1</sup>

Recibido: 12-12-2017 / Aceptado: 19-10-2018

**Resumen.** Irán y Arabia Saudí vienen destinando recursos económicos, políticos y culturales para lograr una posición hegemónica en Oriente Medio a través de actuaciones directas o mediante actores interpuestos. Las Primaveras Árabes abrieron nuevas oportunidades a estos dos actores regionales, que aprovechan escenarios inestables para ensanchar sus zonas de influencia. Con independencia de los conflictos bélicos (Siria, Líbano, Yemen, Irak y Daesh), lo que está en juego es la jerarquización de las relaciones de vecindad, las cuotas de influencia y poder y, por ende, el liderazgo regional. En esta lógica, sus políticas exteriores se han vuelto más proactivas. Este artículo analiza las relaciones entre Irán y Arabia Saudí en su pivot area.

**Palabras clave:** Irán; Arabia Saudí; Oriente Medio; zonas de influencia; seguridad.

### [en] The Iran-Saudi Arabia geo-strategic competition in the Middle East. Rivalry between regional powers

**Abstract.** Iran and Saudi Arabia are providing economic, political and cultural resources to achieve a hegemonic position in the Middle East, through direct action or interposed actors. The Arab Spring opened up new opportunities for these two regional players that take advantage of unstable scenarios to spread their areas of influence. In spite of the armed conflicts (Syria, Lebanon, Yemen, Iraq and Daesh), what is at stake is the hierarchy of neighborhood relations, quotas of influence and power, and the regional leadership. As a consequence, their foreign policies have become more proactive. This article analyzes the relationship between Iran and Saudi Arabia in their pivot area.

**Keywords:** Iran; Saudi Arabia; Middle East; areas of influence; security.

**Cómo citar:** González del Miño, P. (2018): “La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales”, *Política y Sociedad*, 55(3), pp. 733-753.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Marco teórico y metodología 3. Dualidad competitiva antagónica 4. El complejo entramado de capacidades de Irán-Arabia Saudí 5. Elementos de cambio en la política exterior de Arabia Saudí. Hacia una mayor visibilidad y protagonismo 6. La política exterior de Irán. Mayor pragmatismo en la geopolítica de Oriente Medio. 7. Escenarios de confrontación e influencia. Ejes adaptables 8. Conclusiones 9. Bibliografía.

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).  
E-mail: pagonzal@ucm.es

## 1. Introducción

La denominada mediáticamente como Primavera Árabe, que en mayor o menor medida afectó a la mayoría de los países del Magreb y Oriente Medio, se ha convertido en un punto de inflexión que trastoca el orden establecido durante décadas. La región está inmersa en un proceso de cambios, donde interactúan actores mediante dinámicas complejas que condicionan el resultado final de esta zona en recomposición, tras el colapso del orden árabe y décadas de declive. Por tanto, resulta difícil predecir el resultado final, aunque sí se pueden evaluar los distintos métodos que condicionan la remodelación del *statu quo* en una de las áreas de mayor conflictividad mundial, en la que están en juego las amenazas a la seguridad y el aumento de influencia de actores estatales y no estatales.

La profunda crisis de la región, producto de un sistema de equilibrios de poder inestables, se caracteriza por la emergencia de nuevos conflictos, diversos focos de confrontación, unos visibles y otros soterrados, la balcanización de la seguridad y el asentamiento de actores no estatales. El mapa geopolítico, en fase de redefinición y reestructuración, también se encuentra condicionado por la pugna de poder e influencia entre las dos potencias centrales, Irán y Arabia Saudí. Con independencia de los conflictos bélicos que suponen la descomposición estatal y la fragmentación del territorio (Siria, Yemen, Irak y Daesh), lo que opera de manera mayoritaria es una nueva guerra fría de influencias mediante el apoyo político y económico a determinados movimientos políticos, grupos armados y Gobiernos de la zona. Por tanto, lo que está en juego es la jerarquización de las relaciones de vecindad, las cuotas de influencia y poder y, por ende, el liderazgo regional.

Principalmente, Irán y Arabia Saudí actúan mediante una dualidad competitiva antagónica en el orden interno de Oriente Medio que, tras la Primavera Árabe y el menor compromiso de Estados Unidos hacia esta zona, ejercitan juegos de suma cero en el contexto regional y en los conflictos bélicos abiertos, y provocan la fragmentación estatal, el incremento de la inseguridad y unas cifras sumamente significativas en cuanto al número de fallecimientos y millones de desplazados y refugiados. El futuro de la región está condicionado por estos conflictos, además de la actuación de las dos principales potencias regionales con capacidades económicas, políticas, culturales-ideológicas, energéticas y militares en una competición geoestratégica que polariza la actuación de otros actores secundarios. Asimismo, la división confesional (chiismo-sunismo) sirve de cobertura de oposición calculada, al ser utilizada para atenuar amenazas domésticas y justificar la legitimidad de los regímenes mediante una narrativa sectaria que enmascara posiciones de poder.

Si en las últimas décadas Arabia Saudí ejercía una política exterior cauta y conciliadora mediante herramientas tradicionales de poder blando, y era poco cuestionada por el resto de actores regionales —en parte por el aislamiento internacional de Irán—, la rehabilitación de este país tras la firma del acuerdo de Viena a mediados de julio de 2015, por el que limita el programa nuclear a cambio del levantamiento progresivo de sanciones, supone un fortalecimiento de su posición regional e internacional. La sensación de inseguridad de Riad viene provocando en los últimos años una política exterior de mayor autoconfianza, en expresión de los líderes sauditas, pero competitiva con Irán para alcanzar mayores

cuotas de poder e influencia en la región, dada la revitalización de Irán y su ascenso en Irak, Yemen, Siria o mediante la hegemonía político-militar de Hezbollah en Líbano. Asimismo, Irán, desde la guerra de Irak, aumenta su peso político en la región, y es percibido como una amenaza directa por su adversario, lo que se traduce de la clásica hostilidad retórica a un enfrentamiento indirecto mediante actores subsidiarios en diversos conflictos de la región.

## 2. Marco teórico y metodología

Este caso de estudio: la pugna por la hegemonía regional entre Arabia Saudí e Irán, no se asienta en un enfrentamiento bélico directo. De hecho, estos actores internacionales nunca se han enfrentado militarmente, sino que actúan en un juego indirecto mediante instrumentos de política exterior, defendiendo como objetivo final ejercer el liderazgo regional. Ambos mantienen un enfrentamiento visible o soterrado acrecentado desde la Primavera Árabe, que ha abierto nuevas oportunidades de actuación y que posibilita alterar sus estrategias tradicionales. Intentan ampliar las cuotas de influencia y, por ende, de poder, en este escenario geoestratégico. En esta lógica, la zona del Golfo y la región conocida como el gran Sham es considerada para estos actores regionales su *pivot area*.

Para determinar el marco teórico, se establece un enfoque analítico asentado en el realismo político y en la teoría de juegos, fundada en una decisión racional, que en los procesos de relaciones internacionales manifiestan características similares a los juegos, al estar la teoría y la práctica vinculadas con la toma de decisiones. Se presenta como una estructura que mejora la actuación. Esta teoría, inicialmente ligada a las matemáticas, es utilizada por otras disciplinas científicas, entre ellas las Relaciones Internacionales, y es una base teórica de posible aplicación. Transportada al caso de estudio, dos actores del espacio regional, es decir, Irán y Arabia Saudí, ejecutan un juego estratégico con el objetivo de obtener mayores beneficios, mediante decisiones racionales (*policy makers*), desde dentro de sus estructuras organizativas que se proyectan externamente a través de la política exterior implementada (Del Arenal, 2007: 284-285).

Por consiguiente, si se parte de esta teoría, hay que tener en consideración una serie de elementos que la conforman: 1) en el juego compiten dos o más jugadores cuyo objetivo es conseguir mejor resultado que el adversario; 2) existen disimilitudes entre los actores que abarcan distintos ámbitos: religioso, ideológico y político; 3) coexistencia de unas posibles reglas de juego; 4) el sistema de percepciones afecta al conocimiento que el actor tiene del contexto; 5) definición del entorno en el cual se realiza el juego; 6) se produce la interacción entre los competidores, las decisiones que toman cada uno y la posibilidad de influir en la toma de decisión de los adversarios o del resto de los actores que componen el medio (Del Arenal, 2007: 285-286).

Aunque la pugna por la hegemonía en Oriente Medio se disputa entre Irán y Arabia Saudí, considerados potencias regionales en función de sus capacidades y por la actual debilidad de otros países de la región que les imposibilita alcanzar esta catalogación, es necesario actuar en Estados frágiles y utilizar también a actores no estatales que intervienen mediante alianzas en el marco de la competición de las

dos potencias regionales. Por tanto, el modelo de juego más apropiado para este caso de estudio se basa en un juego de suma cero, que como indica el profesor Del Arenal, “es aquel en que todo lo que un jugador gana lo pierde el otro, de forma que el beneficio total de ambos jugadores es cero” (Del Arenal, 2007: 287). El juego no es nada proclive a acuerdos entre las partes.

Este análisis se asienta en la premisa de que la pugna por la hegemonía regional entre Irán y Arabia Saudí obedece a tres hechos interconectados: 1º- la pos-Primavera Árabe modifica el contexto regional mediante la reconfiguración del mapa, lo que supone el cierre de una etapa y da lugar a otra diferente todavía en construcción; 2º- la revitalización de Irán tras el acuerdo nuclear Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA), firmado en Viena el 24 de julio de 2015, posibilita a este actor posicionarse en los nuevos equilibrios en Oriente Medio buscando asegurarse el papel de interlocutor, a la vez que ampliar sus zonas de ascendencia en áreas de interés estratégico; 3º- el mayor pragmatismo de la política exterior de Arabia Saudí derivada de diversas circunstancias internas y regionales, así como de las mutaciones en su sistema de percepciones; ambas tienen como objetivo alcanzar mayores tasas de poder y liderazgo en la región. Estos tres ítems se traducen en un juego de suma cero entre Irán y Arabia Saudí, al ser las dos únicas potencias regionales con capacidades, ante el debilitamiento de otros actores regionales.

Para contestar a este planteamiento, resulta oportuno aplicar los métodos descriptivo, analítico y comparativo, ajustando la narrativa de los acontecimientos a los criterios de espacio y tiempo (Calduch, 1998: 24). Este artículo, que no aborda el rol de potencias externas a la región (Estados Unidos, Rusia o Turquía), se articula en dos partes. La primera se centra en identificar los elementos diferenciadores de la dualidad competitiva entre estos dos actores, para continuar examinando las capacidades internas que poseen cada uno. La segunda parte se centra en el análisis de la política exterior de estas dos potencias regionales como base de ampliación de sus áreas de dominio mediante el estudio de casos, con la intención de aprehender la realidad, las características de las partes, la relación que pueda existir entre ellas y el orden de los elementos que influyen.

### **3. Dualidad competitiva antagónica**

Las intervenciones externas en la geopolítica de Oriente Medio han generado dinámicas y consecuencias distorsionadoras contrarias a los objetivos previstos. En este sentido, la guerra de Irak en 2003, asentada en el discurso norteamericano de promover la democracia y erradicar el terrorismo, deriva en diversos focos de inestabilidad internos y externos, y actúa como catalizador de las transformaciones del área. De la misma forma, el proceso inacabado de la Primavera Árabe altera el rol de determinados actores. El mapa mediorientales en mutación permite que, tanto Irán como Arabia Saudí, modifiquen sus actuaciones tradicionales en pro de conductas más agresivas tendentes a la ampliación de influencia y el liderazgo.

Irán y Arabia Saudí, dos países de marcada cohesión interna mayoritariamente chiíes y suníes, con formaciones estatales fuertes, con substanciales capacidades militares, ideológicas, culturales y económicas (producto de las rentas de los

hidrocarburos, a pesar de que sus economías se caractericen por importantes debilidades), aunque con diferente factor étnico (árabes-persas), aprovechan la coyuntura asistida por la segmentación del sistema de Estados de Oriente Medio actuando mediante actores interpuestos, en países débiles y con divisiones internas (Siria, Irak, Baréin, Líbano y Yemen) para ganar posiciones en la escenografía regional. Arabia Saudí juega un papel importante, con una política exterior hacia la región centrada principalmente en los vecinos del Golfo y con un eje transversal, sobre todo, en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), con el objetivo de aislar a Irán e impedir que su influencia penetre en la región. Irán, constituye un nudo geográfico en un área mayoritariamente árabe y, además, está rodeado por tres potencias nucleares (Rusia, Pakistán e Israel). Ambas singularidades acrecientan la tradicional percepción iraní de inseguridad. Su interés como potencia regional es obtener mayor influencia en la zona del Golfo y en otros países de Oriente Medio, en detrimento de su adversario saudí.

La revolución de 1979, el acontecimiento de mayor impacto al suponer un punto de inflexión entre estos dos actores (Terrill, 2012: 1), significa un contrapunto ideológico al reino Saud, además de la vocación regional de expansión que comporta mediante la cobertura religiosa y política, haciendo suyo el lema de Jomeini de que en el islam no existen fronteras y mediante el apoyo a los sometidos del mundo (artículo 3.16 de la Constitución de la República de Irán). Sin embargo, el éxito de la revolución a nivel externo fue muy limitado, aunque Arabia Saudí la tradujera en clave de rivalidad. Desde entonces, ambos amplían una vía de influencia: utilizan el discurso religioso suní o chií en el que Irán consagra el papel del islam como protagonista que no se aplicó en la época del sah, y Arabia Saudí hace lo mismo mediante la exportación del wahabismo.

Por tanto, será a partir de la década de 1980 cuando estos dos actores regionales empleen una serie de herramientas y estrategias, utilizando sus capacidades internas-externas. El primer instrumento en este antagonismo es el uso de la política exterior en función de los intereses nacionales (oposición a la hegemonía de Estados Unidos en la región en el caso de Irán y alianza con la potencia norteamericana por parte de Arabia Saudí como garante de la seguridad) y como herramienta de legitimación de los dos regímenes. En segundo lugar, saudíes e iraníes, tradicionalmente, vienen utilizando tácticas para bloquear y aislar uno al otro en los foros multilaterales regionales. En tercer lugar, dichas actuaciones se han podido realizar gracias a los potenciales internos que poseen, como el poder económico asegurado por la explotación de los recursos energéticos, que a su vez garantiza el poder militar y el poder ideológico-religioso. En cuarto lugar, se creó el Consejo de Cooperación del Golfo como una organización de proyección exterior complementaria para la política de Arabia Saudí.

Ambos actores suponen dos modelos antagónicos en el plano interno e internacional: revolucionario-antiimperialista frente al conservador-prooccidental. Si tradicionalmente las relaciones no se han caracterizado por las alianzas, desde la revolución islámica en Irán, la bilateralidad se ha visto afectada por el mayor disenso ideológico-religioso y por la competencia geoestratégica. Estas posiciones se han intensificado desde la Primavera Árabe, que proporciona la oportunidad de fortificarse y debilitar al adversario (Mabon, 2015: 19), además de abrir la posibilidad de ampliar zonas de influencia en el convulso orden establecido durante

décadas que se encuentra en mutación y que se materializa en la inestabilidad crónica de Irak, Siria o Yemen producto de las resistencias etno-sectarias, de la desintegración del Estado, de la expansión del terrorismo y de la aparición de actores no estatales.

La confrontación supera el binomio sectario chiíes-suníes. Es más, la rivalidad mediante esta división religiosa se extrapola a toda la región con el papel protagonista de estas dos potencias, que utilizan el antagonismo religioso como cobertura para ampliar sus estrategias regionales, de marcado carácter geopolítico y geoestratégico. Por tanto, no se puede descontar que estas divisiones sectarias son frecuentemente inducidas con el fin de obtener metas valiosas mediante la interpretación interesada de los conflictos. En este sentido, Arabia Saudí legitima su papel de guarda de los Santos Lugares musulmanes (*khadim al haramayn*) y el anterior monarca saudí, Abdula bin Abdelaziz al Saud, intenta formar un eje suní, sin demasiado éxito, con aliados como Egipto y Jordania para contrarrestar lo que se percibe como “arco chií” o “media luna chií”, que incluye a Irán, Irak, Siria, Líbano a través de Hezbollah, e incluso se ensancha a las poblaciones chiíes mayoritarias en el caso de Baréin y minoritarias en Yemen.

Este discurso legitimador sectario se comprueba en el caso de Baréin en las rebeliones árabes de 2011. Allí, la dinastía Al Jalifa ofrece una interpretación interesada y partidista de lo que fueron unas reivindicaciones socio-políticas para asegurarse la lealtad de los suníes ante el temor de la influencia y manipulación de Teherán, por lo que la ayuda de las fuerzas militares del CCG, encabezadas por Arabia Saudí, contribuyen a afianzar al régimen que aplasta las manifestaciones. Otro ejemplo se encuentra en Siria con la apuesta por apuntalar el régimen de Al Asad de base alaúí, cercano al chiismo, que oculta la contextualización del conflicto en una enemistad de mayor calado: ganar potestad en Siria. Esta misma razón de dominio se percibe en el tercer ejemplo, Yemen, donde los hutíes cuentan con el apoyo iraní, al ser seguidores de la rama zaidí del islam chií, aunque en puridad Irán profesa el chiismo duodecimano, facción distinta en el plano teológico y doctrinal. Por último, el sectarismo abarca a Daesh en Siria e Irak, al ser un movimiento terrorista antichií, lo que le enfrenta a Irán, pero que posee una concepción fundamentalista salafista que preocupa a Riad.

La conflictividad también se asienta en la percepción de Irán y Arabia Saudí como de líderes naturales de la región, aunque mantienen opuestas visiones de cómo debe ser la seguridad en Oriente Medio. Las prioridades de Riad se centran en restablecer el equilibrio de poder anterior a la invasión de Irak; preservar la dinastía Saud manteniendo su alianza con el wahabismo; evitar las amenazas a su seguridad nacional; ganar influencia en el escenario regional y preservar al reino de las reivindicaciones socio-políticas que demandaban las poblaciones en las rebeliones árabes de 2011. Estas suponían un órdago para el propio reino, y fueron taponadas mediante la revitalización de políticas públicas y el aumento de los salarios para amortizar la paz social, a la vez que se incrementa el sectarismo de mayorías suníes frente a minorías chiíes dentro del país, como argumento de desestabilización del reino y difusión del caos.

Por su parte, Teherán continúa con el objetivo de garantizar la profundidad estratégica con su adversario definido, Israel; afianzar el régimen sirio como socio trascendental, para lo que necesita el mantenimiento de Bashar al-Asad mediante

apoyo económico y militar; mantener en su órbita al Gobierno de Irak y a una gran variedad de grupos políticos y militares (las milicias chiitas denominadas Fuerzas Populares Movilizadas o al Hashd al Shaabi, con amplio historial de violencia sectaria antisuní) a los que presta cobertura para asegurar su ascendente; sostener a un actor clave en el Líbano como el grupo chií Hezbollah y asegurarse una posición de predominio en la nueva configuración de Oriente Medio. La expansión de su política exterior recibe mayor impulso tras el JCPOA de 2015, por el que se congela el programa nuclear durante un decenio a cambio del levantamiento de las sanciones económicas internacionales, que había sido una de las apuestas fundamentales del presidente Rohaní.

Siguiendo esta línea de pugna por la hegemonía regional irano-saudí, que algunos autores califican como “la guerra fría de Oriente Medio” —por la similitud que guarda con el conflicto bipolar de la segunda mitad del siglo XX— y partiendo de que ambos actores cuentan con capacidades suficientes para su consecución, pese a representar dos modelos antagónicos en cuanto a forma de Estado, división ideológica-religiosa o el factor étnico (persa-árabe), el enfrentamiento se realiza mediante actores interpuestos, pues los Estados más ricos, fuertes y cohesionados se enfrentan en países débiles, pobres y divididos que son el campo de batalla (Katulis, 2014: 25). En esta lógica de potencias regionales, las políticas exteriores se verifican como más activas al combinar actuaciones de *soft power* y *hard power*. Todo ello dentro de un marco teórico del realismo político que considera la acumulación de poder como fuente de prestigio para los Estados y el interés nacional como factores centrales de la política internacional (Barbé, 2007: 62).

#### **4. El complejo entramado de capacidades de Irán-Arabia Saudí**

En el ámbito económico, estos dos países poseen importantes recursos energéticos que les generan poder: instrumento utilizado como medio para financiar el juego de la pugna por la hegemonía regional. El Producto Interior Bruto (PIB) de Irán es de 388 mil millones de dólares en 2015. Si se recurre a los datos de OPEP, obtiene 27 mil millones de dólares al año (2015) por la exportación del petróleo, lo que arroja una balanza por cuenta corriente positiva (1.300 millones de dólares), derivada principalmente de la producción de más de tres millones de barriles al día y contando con unos 158 mil millones de reservas de barriles de petróleo. Las reservas del gas natural se estiman en unos 33.500 mil millones de metros cúbicos.

El PIB de Arabia Saudí en 2015 ronda los 654 mil millones, casi dos veces mayor que el de Irán. Las exportaciones de Arabia Saudí en 2015 se estiman en más de 205 mil millones de dólares, de los que cerca de 158 mil millones de dólares provienen de la exportación del petróleo. En comparación con Irán, el reino Saud está sufriendo importantes pérdidas en la balanza por cuenta corriente, 41 mil millones de dólares al año, y es uno de los pocos países que ha mantenido una cuota de producción de petróleo bastante alta en comparación con el resto de miembros de la OPEP, estimada en más de 10 millones de barriles al día de unas reservas calculadas en 266 mil millones de barriles (OPEP, 2016: 8, 15). Arabia Saudí mantiene la primera posición en la producción de barriles al día, estrategia para abastecer el mercado y sufragar la demanda de sus clientes.

Resulta obvio comprobar que la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí también se extiende en el contexto geoestratégico de la energía. Por tanto, un punto de gran valor para controlar la explotación de los recursos es el tráfico marítimo y el comercio internacional del petróleo a través del estrecho de Ormuz, por donde pasan 17 millones de barriles diarios. Los pozos del crudo en Arabia Saudí están ubicados en la provincia del este, en la que habita el mayor número de población chií. Arabia Saudí posee la tecnología necesaria para construir oleoductos y gasoductos desde la costa este al oeste, lo que facilita la salida al mar Rojo, considerada como una vía para desarrollar su comercio hacia el Mediterráneo. Asimismo, desde el mar Rojo, Arabia Saudí suministra petróleo a los países asiáticos, sus principales clientes de esta zona (China, Japón). Es una ruta más larga, pero evita enfrentarse a Irán en el estrecho de Ormuz (Castro Torres, 2017: 194-195), un enclave estratégico en la navegación marítima internacional, al contar esta república con la mayor extensión de costa en el Golfo, lo que le garantiza una posición de influencia en estas aguas y en el mencionado estrecho.

El alto grado de inestabilidad e inseguridad en Oriente Medio es la principal razón que explica el elevado gasto militar; a pesar de ser una región relativamente pequeña a nivel mundial, es la tercera, detrás de Europa y Asia. Partiendo de la premisa del crecimiento constante de las exportaciones mundiales de armas en un cómputo global, en el tramo 2012-2016 aumentaron el 14% si se compara con el periodo anterior, 2007-2011. La razón obedece al planteamiento, cuestionado, de que la potencia o quien aspire a serlo “debe disponer de unas robustas capacidades militares. Obviamente, la actuación de las grandes potencias globales proyecta, impulsa y refuerza este esquema. Y los Estados emergentes, llamados a desempeñar un papel regional o que ambicionan jugarlo, suelen lanzarse a una carrera armamentística, ya sea a través de la promoción de su propia industria militar o bien acudiendo al mercado internacional de las armas para abastecerse” (Armada, 2017: 48).

Si se siguen los datos de Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), en su informe *Trends in World Military Expenditure* de 2017, el gasto militar de Irán en 2016 se estima en 12.700 millones de dólares, cinco veces inferior al de Arabia Saudí, aunque desde 2007 la inversión militar iraní aumenta el 7,3% y durante el periodo 2015-16, se incrementa el 17%, favorecido por el levantamiento parcial de las sanciones internacionales. En esta misma línea argumental, Arabia Saudí es el primer país de la región en cuanto a gasto militar y el cuarto a nivel mundial, superado por Estados Unidos, China y Rusia. Se estima que en el año 2016 el reino saudí gastó 63.700 millones de dólares en material militar, lo que representa el 10% del PIB, aunque el gasto militar disminuye en 2016 en un 30% respecto a 2015. Este es este el año que alcanza la cifra más elevada en su historia (Tian *et al.*, 2017: 2, 6, 7), y coincide con la intervención militar en Yemen liderada por los saudíes. En resumen, durante el periodo 2007-2016 el gasto militar de Arabia Saudí supone el 20% de su balanza de pagos (Perlo-Freeman *et al.*, 2016: 2).

Sin embargo, Irán representa un poder militar inferior al de Arabia Saudí. Las sanciones internacionales impuestas por el contencioso nuclear impidieron el acceso al mercado internacional de las armas y a sistemas modernos de armamento. Solo Rusia y China, durante el periodo 2012-16, fueron sus únicos proveedores. Se



estima que alrededor del 88% tienen procedencia rusa y el resto provienen principalmente de China (Blanchfield *et al.*, 2017), sin embargo, el problema cardinal es que suele ser armamento más antiguo que el de su rival saudí. En 2015 el gasto militar iraní estaba por debajo del iraquí, israelí o turco, y lejos del de Arabia Saudí. Representaba apenas el 14% del gasto militar conjunto de los países del CCG (Cordesman, 2015: 11).

Hay que tener en cuenta que todos los países exportadores de crudo han sufrido significativas pérdidas a causa de la bajada del precio del petróleo, aunque han sido más acusadas las de Irán debido a las sanciones internacionales. A pesar de ello, no han supuesto una disminución sustantiva en cuanto a compras, y se puede afirmar que la tónica general se mantiene con un pequeño descenso puntual en el último año, en una región como Oriente Medio, que destaca por poseer un promedio de gasto militar respecto al PIB del 6% (2016), casi tres veces más que la media global, que representa el 2,2% (Blenckner, 2017). Arabia Saudí continúa siendo el segundo en el *ranking* de importación de armas del mundo, por detrás de India (Fleurant *et al.*, 2017: 2, 6). De hecho, la monarquía saudí aumentó el gasto un 212 % en el periodo 2012-2016, en relación al anterior 2007-2011 (Armadans 2017: 48), y tiene a Estados Unidos como principal proveedor, con el 13% del total de las exportaciones de armas estadounidenses. También Riad es el principal cliente del Reino Unido y Suiza, el segundo para Canadá o España y tercero para Turquía, Suecia y Finlandia.

La pugna por la hegemonía regional entre los actores objeto de estudio abarca también el ámbito cultural, religioso e ideológico, que en la etapa actual se inscribe desde el establecimiento de la revolución islámica de Irán, al implementar estas capacidades para obtener mayor influencia en la región y en el mundo islámico. Arabia Saudí tiene una población de 21 millones de habitantes (más 10 millones de población extranjera), de los cuales el 85% es suní y alrededor del 10%, chií, ubicados en gran parte en la provincia oriental, que a su vez es una zona que concentra la mayor parte de los recursos energéticos. Irán cuenta con una población de 80 millones de habitantes, el 95% son chiíes y alrededor del 5%, suníes (Mabon, 2015: 19).

La utilización del poder blando mediante el panislamismo y antiamericanismo en la acción exterior de Irán desplazan a un segundo lugar la identidad chií. Aun así, otros países de la región encabezados por Arabia Saudí han recuperado la “teoría del creciente chií” implementada por Irán, que se asienta en la creación de un arco de influencia chií, que pretende preservar su dominio en Oriente Medio. Este abarca la población chií de países como Irán, Irak (donde los Gobiernos chiíes sustituyeron a la minoría suní como grupo dominante), Siria, Líbano (a través de Hezbollah como la principal plataforma político y militar de la comunidad chií libanesa y que tiene un brazo armado-milicia), que se amplía a Baréin y Yemen. Ante esta estrategia, Arabia Saudí —que también implementó su coalición— y las petromonarquías temen que bajo la órbita de Irán se arrastre a las poblaciones chiíes de las zonas petroleras del Golfo y pueda ampliarse a otras áreas con fieles de esta misma rama del islam. Esta división religiosa se instrumentaliza como una fractura política y geoestratégica, aunque el régimen iraní no ha sido de facto tan activo para suscitar el sentimiento de pertenencia y unidad de la comunidad chií (Hunter, 2015), frente a Arabia Saudí, que ha propiciado unas políticas más activas

a través de subvenciones y patrocinio, así como la custodia de los Santos Lugares musulmanes.

Minimizar el factor religioso resulta erróneo, así como ensancharlo cuando hay minorías religiosas que se encuentran asentadas en determinados países donde priman las mayorías y además están asentadas estas minorías en zonas sensibles desde el punto de vista geopolítico. Como vienen poniendo de manifiesto diversas encuestas realizadas por centros de investigación ubicados en la región o en Europa, entre ellos el Institut de Relations Internationales et Stratégiques, la opinión pública de los países árabes no comparte los temores de sus líderes en cuanto a una acusada fragmentación sectaria. La “auténtica línea divisoria se encuentra en la actitud que Riad y Teherán adoptan frente a Estados Unidos, así como la propia búsqueda del liderazgo regional” (Fernández López, 2013: 221). En este sentido, se parte de relaciones opuestas entre este triángulo de actores, pues dentro del disímil sistema de alianzas regionales, Irán encabezó la oposición a la presencia de la superpotencia americana, frente a Arabia Saudí, que se ha beneficiado del paraguas securitario norteamericano aunque en el escenario presente “se aprecian con mayor claridad las diferencias actuales entre ambos, ya que Estados Unidos ha decidido focalizar su nueva estrategia hacia la región de Asia-Pacífico en detrimento de sus aliados del Golfo, especialmente la Casa Saud, que hoy más que nunca necesita este apoyo para hacer frente a Irán en su lucha por la preponderancia de Oriente Medio” (Iguialada Tolosa, 2016: 3).

## **5. Elementos de cambio en la política exterior de Arabia Saudí. Hacia una mayor visibilidad y protagonismo**

Los tres pilares en los que se sustenta Arabia Saudí (religioso, socio-económico y político-internacional) tienen una interconexión muy estrecha entre ellos. El pacto entre el poder político a través de la monarquía al-Saud y el poder religioso representado por el movimiento wahabita es el elemento que legitima a la monarquía (Albentosa Vidal, 2015: 183-185). Además de retroalimentarse mutuamente, el factor religioso cuenta con amplias subvenciones para exportar la ideología del wahabismo. Esta doctrina contribuye a proporcionar estabilidad interna a un régimen paradigma del autoritarismo y que actúa como centro del mundo musulmán suní con capacidad de movilización de la identidad religiosa. El segundo pilar, socio-económico, se asienta en la creación de un modelo social de bienestar excelso para los nacionales saudíes, con amplio reparto de subvenciones y bonificaciones que se apoya en el carácter rentista de la economía basada en el petróleo y el gas, lo que se traduce en paz social y estabilidad política. Ante las debilidades de este modelo económico monodependiente y con la intención de diversificar la economía, se ha puesto en marcha la transformación de la economía hacia modelos más abiertos, competitivos y sostenibles. En tercer lugar, a nivel político-internacional, destaca la alianza con Estados Unidos desde finales de la Segunda Guerra Mundial, que abarca aspectos políticos, económicos y militares, y que ha permitido mantener la seguridad (Mabon, 2015: 20), pues buena parte de los desafíos y amenazas tienen carácter regional, conforme a la teoría de los

“complejos de seguridad” de Barry Buzan. En este sentido, la creación del CCG ha sido un instrumento de garantía para la política exterior saudí.

La potencia norteamericana en la pos Guerra Fría continuó consagrando el aislamiento de Irán, Irak y Siria, así como el mantenimiento de la arquitectura de seguridad mediante la triangulación del orden regional en torno a sus tres alianzas tradicionales: Israel, Arabia Saudí y Egipto, que han venido conservando un “régimen de relaciones”, donde se priman los aspectos funcionales frente a los formales. Este orden regional se asentó en el esquema de paz americana de la pos Guerra Fría, que queda consolidado tras la guerra del Golfo de 1991, y que permaneció erosionado después del 11-S y la posterior intervención de Estados Unidos en Afganistán e Irak. Con la Primavera Árabe se trastoca este orden imperfecto y excluyente, al confirmar que Estados Unidos no manifiesta su voluntad de mantenerse como superpotencia hegemónica y garante del sistema creado, donde le resulta difícil combinar la promoción de la democracia, la realpolitik y la influencia entre actores enfrentados. El marco regional se vuelve más multipolar y competitivo, y las grandes potencias de Oriente Medio encuentran mayores dificultades para consolidar sus políticas exteriores. Además, Rusia está desempeñando un nuevo papel de retorno al área de carácter más asertivo, manifestándose como una superpotencia externa protagonista.

Lo que despierta mayores temores a Arabia Saudí es el incremento en cuanto a la política exterior regional de Irán, que pasa de ser un adversario consagrado para la potencia norteamericana y para otros actores de la región, a una nueva fase de creciente intervencionismo en los asuntos regionales durante el mandato de la Administración Obama. Su punto álgido fue la firma del tratado nuclear de 2015 (JCPOA). Por tanto, la revitalización de esta república se traduce en una política de aproximación a la comunidad internacional; en el levantamiento de las sanciones internacionales que suponen la reincorporación a la economía mundial, con un peso significativo en los mercados de hidrocarburos —al conseguir un incremento sustantivo en la producción de petróleo y el reconocimiento formal por parte de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP)—, además de los acuerdos de inversión con empresas extranjeras; y en un mayor expansionismo en Siria y Yemen, así como en la consolidación de Hezbollah, aliado iraní en Líbano.

En suma, podemos reducir a cinco frentes principales las amenazas a las que se enfrenta el reino Saud: la primera el desafío del yihadismo de carácter suní, que en mayor medida es salafista; en segundo lugar, la posición de Irán, que abarca desde el plano ideológico a otros materiales más tangibles al considerarse a esta república como una potencia natural e inevitable en la región, dispuesta a ejercitar mayor influencia a nivel multisectorial; en tercer lugar, el derrumbe de determinados sistemas estatales de Oriente Medio tras la Primavera Árabe, entre los que destacan principalmente Siria y Yemen; en cuarto, la acusada y constante caída de los precios de los hidrocarburos en los mercados que contribuye a su debilitación económica, por lo que Riad ha tenido que variar su estrategia económica en pro de aumentar sus ingresos, promoviendo un macro plan denominado “Visión 2030”; y, en quinto lugar, cierta fragilidad en sus alianzas tradicionales con Estados Unidos, que con la anterior Administración norteamericana sufrió frecuentes desencuentros, pero que con la presidencia de Trump se encamina hacia una mejor relación y

cierto espíritu de mayor congratulación “con su visión fuertemente hostil hacia Irán, aunque cause desconfianza el intenso sesgo proisraelí, su visión tibia sobre el futuro del presidente al-Asad y la pretendida *entente cordiale* con Rusia” (Martínez Ferrer, 2018: 126,127).

En la lógica del sistema de percepciones, se aprecian signos de cambios en la política exterior de Arabia Saudí, que ya comenzaron con el anterior monarca y quedaron hibernados por los efectos internos que provoca la Primavera Árabe en pro de la mayor concentración del régimen del rey Abdullah al-Saud en mejorar las condiciones de la población. En el plano exterior, hay actuaciones de contrarrevolución en Baréin y Egipto, y de mayor calado en Siria y Yemen. Por tanto, será con la “Doctrina Salman”, como se conoce a la nueva política impulsada por el actual monarca Salman Bin Abdelaziz al-Saud, cuando se impulse de manera firme una política exterior más agresiva, militarista y autónoma (Echagüe, 2016: 22). Esta está estructurada en dos vertientes: en primer lugar, las cuestiones de seguridad y defensa a nivel nacional para su propia estabilidad interna y supervivencia del régimen y, en segundo lugar, la catalogación en cuatro círculos de prioridades interconectadas: el del Golfo, el árabe, el islámico y el internacional.

En el ámbito multilateral y con un enfoque pragmático, Arabia Saudí está interesada en organizaciones internacionales en las que ejerza un liderazgo no cuestionado. Ejemplos son la Organización para la Conferencia Islámica (OCI), la Liga Árabe (LA) o la OPEP, instituciones en las que el reino saudí ha implantado algunos de sus objetivos regionales de política exterior. Sin embargo, es en el CCG —que tiene como finalidad estrechar lazos entre los Estados miembros basados en las relaciones de cooperación y culturales, fruto de las características similares que comparten entre ellos fundadas en la fe islámica—, donde Arabia Saudí ha ejercido un papel dominante en pro de la integración económica y política (Al-Rasheed, 2015: 37). Para Arabia Saudí el círculo del Golfo representa un espacio útil a su política exterior, que puede ejercer como instrumento de legitimación del liderazgo regional, al ser el país mayor y el más poderoso de los seis Estados miembros del CCG (Coates Ulrichsen, 2016: 72), y el que posee mayores capacidades para intervenir en materias de seguridad militar.

## **6. La política exterior de Irán. Mayor pragmatismo en la geopolítica de Oriente Medio**

Desde el establecimiento de la República Islámica, Irán combina una serie de objetivos que se resumen en cuatro categorías: crecimiento económico y desarrollo, defensa de la integridad territorial, confrontación con Israel y Estados Unidos e implementación de una estructura interna fuerte. En esta lógica, destacan como principales líneas de política exterior la expansión de la ideología revolucionaria en la región; el desafío al sistema internacional asentado en el antiimperialismo, con la oposición a Estados Unidos como garante del orden regional y a sus principales aliados en Oriente Medio (Arabia Saudí e Israel); el mantenimiento de actores no estatales (Hezbollah) y la financiación de heterogéneos grupos chiíes; el refuerzo de su influencia con actores tradicionales (Siria, Rusia); el apoyo a actores

estratégicos en los que predomina más la afinidad religiosa que la ideológica (Hamás y la Yihad Islámica Palestina).

Desde la revolución de 1979, la relación de Irán con Occidente no ha sido fácil. Por un lado, Irán acusa a Occidente de una intervención desastrosa y nociva para la política y la economía regional y, por otro lado, Occidente considera que Irán es quien desafía al sistema internacional y desestabiliza el *statu quo*, no solo en Oriente Medio, sino a nivel internacional (Katzman, 2017: 2). Irán ha sido catalogado como un país revisionista que cuestiona la presencia norteamericana en esta región compleja, y que contribuye a desequilibrar mediante sus actuaciones el precario orden de la zona. El ejemplo más palpable de ello es la invasión de Irak y las fracturas que presenta la reconstrucción. En esta lógica, se erige como el principal oponente a este *statu quo* regional diseñado por Estados Unidos por dos motivos principales: en “calidad de potencia regional que debería coliderar en la región y no verse excluido de sus estructuras políticas y de seguridad” (Parsi, 2017: 34). Washington considera que el antiguo reino persa es la amenaza más significativa para la seguridad de Oriente Medio y uno de los países más hostiles del sistema internacional, por lo que la solución es el aislamiento. En este esquema, también la política exterior norteamericana en el área se ve condicionada por las presiones de Israel y Arabia Saudí, los dos pivotes centrales en la lógica securitaria norteamericana.

La relación de Irán con Oriente Medio desde el 11-S y la posterior invasión de Irak abren nuevos espacios a este actor, mediante una política exterior de carácter multidireccional con la asunción en la presidencia de la nación de Muhamad Ahmadineyad, posiblemente el dirigente más polémico desde la instauración de esta república. Se produce hasta cierto punto un giro en cuanto a la distensión que venía practicando su antecesor el clérigo moderado Muhamad Khatami, además de ensanchar el protagonismo de Irán en la región. Durante su mandato son tres los principales núcleos de política exterior: los desafíos que representan la presencia militar de Estados Unidos en Irak y Afganistán, el contencioso del programa nuclear iraní y la búsqueda de alianzas proactivas con actores regionales y extrarregionales, especialmente en Asia Central y África, para contrarrestar el aislamiento.

Irán parte de su condición de potencia regional natural e inevitable con proyección en el medioriente, abalado por la posesión de capacidades y de su antigua y rica historia como Estado independiente que le diferencia de los países del sur del Golfo y de otros vecinos. La interrelación entre política interior, seguridad nacional y geopolítica regional marcan las líneas de su política exterior posrevolución, líneas que se han mantenido desde las rebeliones árabes de 2011, y existe un marco de consenso entre moderados y conservadores del régimen entorno a las posibilidades que brindan estos procesos en la región. En todo caso, el aumento del gasto en defensa por parte de Irán ha crecido del 2,7% del PIB en 2014 al 5% en 2017 (Takeyh, 2017).

La victoria de Hassan Rouhani en 2013 muestra directrices diferentes de sus antecesores en política exterior. La más determinante fue la inclinación hacia una mayor apertura en el ámbito interno y externo, incluyendo las relaciones con Estados Unidos. En cuanto a estas relaciones, sin cambiar sustancialmente durante la presidencia de Obama, sí que se aprecia un esfuerzo para mejorar, gracias al

mayor logro diplomático, político y económico que significa el acuerdo nuclear, al liberar los activos financieros congelados en el mundo de Irán y el levantamiento de las sanciones. El compromiso adquirido con la firma del JCPOA se basa en la no elaboración de uranio enriquecido en los próximos tres quinquenios, prescindir de 2/3 de las centrifugadoras y desmontar del 98% del material nuclear en su posesión.

Resulta evidente la política de Irán por mantener y aumentar su presencia e influencia en Oriente Medio; en parte, debido a las guerras del siglo XXI en la región, que crean un círculo de inseguridad en la vecindad (Afganistán 2002, Irak 2003, Siria y Yemen 2011). Por tanto, Irak, Siria, Yemen y Líbano van a seguir formando parte de la política región de Teherán, ocupando un lugar central, además de la competencia con Arabia Saudí, que aumenta la presión hacia los socios del CCG, o de un tema común en la zona como es el terrorismo yihadista. Esta política del centrista Hassan Rouhani de mayor pragmatismo, conciliación e intervención selecta, pese a la pugna entre liberales y conservadores del régimen, también se centra en mejorar la situación económica interna y en potenciar la reconciliación con las potencias occidentales, así como mantener los lazos de conveniencia con aliados como Rusia, Turquía, China o India.

La nuclearización de Irán se interpretó como un elemento más conducente al desequilibrio y al rearme regional. Por tanto, detener el programa nuclear de Irán fue considerado como una victoria del régimen saudí, aunque infunde temor de un mayor alineamiento Teherán-Washington en el ámbito de las percepciones de Riad, pese a que la base subyacente descansa en la construcción de un mayor equilibrio de poder regional. Un Irán nuclearizado suponía un riesgo para la seguridad regional e interna del reino Saud, que con el nuevo monarca se traduce en una actitud más hostil hacia la antigua potencia persa. Por otro lado, Irán tampoco sale perdiendo, pues, aparte de normalizar y aumentar sus relaciones internacionales a nivel global, también alivia su desequilibrada economía a pesar de ser una de las más diversificadas de la región. Mientras tanto, este hecho para Arabia Saudí, en un sector tan estratégico como es el petróleo, significa una fuerte competición que se traduce en mayores pérdidas para la economía saudí.

En la última Conferencia de Seguridad celebrada en Múnich (febrero de 2017), el ministro de Asuntos Exteriores de la República Islámica de Irán, Muhammad Javad Zarif, uno de los artífices del acuerdo nuclear, expone el futuro de la política exterior de su país en lo que se puede definir como el cambio de la estrategia de equilibrio de poder, que desde la revolución de 1979 se impuso, por el equilibrio de seguridad (Zarif, 2017), que permite a los actores reconstruir la confianza para instaurar la seguridad cooperativa en la región. El planteamiento del que se parte, en palabras del propio ministro, es que “la escalada de violencia que padece Oriente Medio tiene sus raíces en la constante presencia de tropas extranjeras, así como en su interferencia en los asuntos internos para remodelar la arquitectura de la región... Para lograr este objetivo de cooperación, hay que lanzar una serie de medidas con el fin de fomentar la confianza (*confidence building*) entre los vecinos del Golfo” (Skwark, 2017: 13,14). Entre las medidas por las que se inclina Zarif estarían buscar soluciones políticas inclusivas, es decir, que cuenten con la participación de todos los grupos políticos involucrados en los conflictos actuales.

Este tono optimista de carácter cooperativo entre Estados que proponía Muhammad Javad Zarif no se ha traducido en actuaciones con Arabia Saudí, pues para ambos la seguridad existencial sigue siendo el principio rector de actuación, aunque cada uno la promueva de manera diferente. Mientras que el reino saudí tiene la percepción de estar rodeado de potenciales o reales adversarios —alguno de estos vecinos son mayores e incluso tienen capacidades similares a las suyas—, por lo que necesita un sistema de relaciones con otros actores regionales y externos que garanticen su seguridad y taponen el fortalecimiento de otras potencias hegemónicas regionales, Irán pretende construir su propia seguridad de manera más autónoma, sin descontar las relaciones de influencia con terceros actores. La rivalidad entre Riad y Teherán se mantiene constante, así como el fomento de diferentes actores no estatales que beneficien sus intereses.

## 7. Escenarios de confrontación e influencia. Ejes adaptables

Oriente Medio ha cambiado de manera notable en las últimas dos décadas por la desestructuración de determinados Estados, con las consecuencias regionales que ha supuesto, y por la entrada y multiplicación de nuevas fuerzas en un territorio limitado, lo que supone un amplio desafío de guerras híbridas con actores estatales, paraestatales (Daesh, AQPA), grupos armados (insurgentes, grupos de contrainsurgencia, grupos terroristas...) que contribuyen a crear zonas de inestabilidad. Este escenario es aprovechado por Irán y Arabia Saudí mediante polos de atracción a través de redes simbólicas y materiales o enfrentamientos en escenarios concretos. El año 2015 supone un punto de inflexión, cuando aminora la presencia norteamericana en la región, que pasó de 321.500 soldados en 2007 (Kane, 2015) a 32.000 en 2015 (IISS, 2016). Con mayor profusión, estos dos actores utilizan la combinación de *soft power* (mediante la financiación de instituciones formativas, asociaciones caritativas y organizaciones que apoyen su solidaridad religiosa) y de *hard power*.

Irak representa un escenario de confrontación entre Arabia Saudí e Irán desde los ocho años de guerra irano-iraquí (1980-1988). Los incentivos económicos y la financiación de las causas en las cuales Riad coincide y le resultan útiles para sus intereses nacionales son elementos que siempre han caracterizado el comportamiento de los saudíes hacia el exterior, como ocurrió con el periodo mencionado, al ayudar a Bagdad para afrontar las aspiraciones expansionistas de Jomeini (Mabon, 2015: 19). A pesar de que Irak es un país mayoritariamente chií (alrededor del 65 % de la población) y estuvo gobernado por un suní, Saddam Hussein, durante más de 20 años, caso contrario al de Siria, que es un país de mayoría suní, fragmentada, tribal y con liderazgo religioso más difuso, bajo un Gobierno chií, el factor religioso se convierte en un elemento relevante, sin ocultar el geopolítico.

Irak y Siria fueron piezas claves que mantenían el equilibrio regional. La eliminación del régimen de Saddam Hussein altera la proporción de poder en el área. Efectivamente, la invasión en 2003 y los acontecimientos que conlleva la posguerra iraquí se traducen en una oportunidad para las dos potencias regionales. Irán puja para aumentar la influencia en el país vecino, acrecentando el eje

Teherán, Bagdad, Damasco, Hamás y Hezbollah. En los últimos 10 años al frente del Gobierno iraquí están dirigentes chiíes, por lo que Teherán puede considerar una victoria que otro país de la región esté gobernado por esta minoría. Este ascendente sobre el Gobierno y las fuerzas chiitas se refuerza con una inversión militar mínima, y consigue ser uno de los beneficiarios estratégicos de la victoria sobre Daesh en Mosul, con el apoyo de la coalición internacional. Por otro lado, Arabia Saudí decrece todavía más en influencia en Irak, proceso adverso que se mantiene desde la caída de Saddam Hussein. Además, los saudíes han desplegado parte de sus fuerzas armadas en la frontera con Irak para defender el territorio de las posibles entradas de grupos terroristas que puedan alterar la estabilidad interna del reino.

Baréin es otro espacio de oportunidad para ambos. Este Estado, cuya población mayoritaria y discriminada es chií (70%) y la familia real suní, ha sido desde los años 80 del pasado siglo un campo de confrontación del juego Saud-iraní (Mabon, 2015:19), y tiene como detonante el golpe de Estado de 1981, provocado por la organización chií Frente Internacional por la Liberación de Baréin. En el contexto de las Primaveraes Árabes, esta isla se vio afectada por la expansión de las revueltas populares. El monarca Al-Kalifa solicitó la intervención del brazo militar del CCG para garantizar la seguridad interna y terminar con las revueltas, mediante la intervención de *Task Force Peninsula Shield*, aunque no quisieron participar Kuwait, Catar y Omán, por lo que intervinieron sobre el terreno unos 2000 soldados. Esta fuerza militar del CCG se crea en 1984 como mecanismo conjunto, con sede en Arabia Saudí y con un contingente de 10 mil soldados, cuya función principal es servir de escudo protector para defenderse de países hostiles (Albentosa Vidal, 2015: 201).

Esta pequeña isla estratégica posee importancia geopolítica, religiosa y económica para Irán, para Arabia Saudí (conectado geográficamente mediante el puente Rey Fahd) y para Estados Unidos, dado que en su territorio se asienta la V Flota norteamericana. Por tanto, Riad quiere mantener su influencia en uno de sus aliados más próximos para evitar al menos tres posibles escenarios en el Golfo: que Irán no avance en su expansión hacia la península arábiga; evitar que haya un régimen más chií en la región y, sobre todo, en el área del Golfo, y que no se introduzca la ideología revolucionaria iraní (Priego Moreno, 2015: 14). El emirato no oculta su vinculación con el reino Saud como garante de su protección securitaria y apoyo al modelo de régimen autoritario, así como un contrapunto al expansionismo sectario chií.

Siria es un claro ejemplo de la influencia de Irán en la región desde hace décadas, al significar un pivote geoestratégico central para su política exterior en Oriente Medio desde la revolución de 1979. Actualmente, este país representa el principal éxito de Teherán, al mantenerse el Gobierno de Bashar al-Asad y ser imprescindible para su influencia regional, aunque esto suponga costosas inversiones y haya tenido que implementar numerosas redes políticas y materiales (armas y tropas) que favorecen la percepción de seguridad y confianza entre las élites del régimen, con el fin de no perder a su cardinal apoyo en el levante con proyección hacia el Mediterráneo (Shanahan, 2016: 80). Riad apostó por el derrocamiento del régimen tras la primavera siria, apoyando a un variado elenco de grupos que van desde el Ejército Libre de Siria, grupos de orientación salafista



como el Movimiento Islámico de los Hombres Libres del Levante, o el Ejército del Islam, con un claro discurso sectario (Álvarez Ossorio, 2016: 121).

Si bien el régimen de Damasco ha buscado la confesionalización del conflicto y se mantiene sincronizado con el de Teherán, el factor religioso opera como secundario pese a que milicias chiíes patrocinadas por Irán están luchando en Siria y el credo alauí tiene vinculación con el chiismo, aunque esta rama del islam lo considera como una secta disidente. Por su parte, Arabia Saudí en Siria tampoco prioriza el elemento confesional y recurre a estrategias tradicionales pragmáticas, como ofrecer apoyo financiero, logístico y proporcionar armas a los rebeldes y opositores del régimen sirio. Ambos actores externos en la desestructurada Siria promueven la proliferación de grupos afines a sus intereses, porque este país significa para Teherán una pieza en el arco que va desde Líbano a Irak, además de acrecentar influencia en otros variados actores, como Hamás (que apoyó la resistencia contra Bashar al-Asad, a pesar de que ahora están bien en sus relaciones de nuevo con Irán, aunque son suníes) y Hezbollah, con intereses ideológicos para Irán. Arabia Saudí intenta bloquear el respaldo económico, político y militar que Irán le proporciona a Damasco, incluso utiliza organizaciones regionales como la Liga Árabe, y ha conseguido los apoyos necesarios para suspender a Siria como país miembro.

Algunos analistas consideran que el principal vínculo relacional entre Siria e Irán responde a una estrategia para contrarrestar la ofensiva de Estados Unidos en la región que arranca de épocas pretéritas. La relación entre ambos actores regionales nace en 1982, cuando el régimen teocrático y el laico sirio establecen intereses comunes en el Líbano y en el conflicto arabo-israelí, porque Teherán busca postularse como un actor indirecto también en este conflicto. Asimismo, esta relación dual reforzada se asienta en la cooperación militar a través de diversos tratados bilaterales en esta materia. El primero fue en 1998, y a este le siguieron otros dos, más un tratado de defensa en 2006 y otro de cooperación militar de 2008, en los que ambos actores asumen el compromiso de defender la integridad territorial y la independencia política mutua.

El otro punto del binomio Irán-Líbano responde desde hace tres décadas a las fluctuaciones internas y a la relación entre actores estatales y subestatales, pues el apoyo a Hezbollah, partido político y milicia, polariza los antagonismos libaneses. Este pequeño país como es Líbano viene siendo un escenario significativo desde hace décadas para Irán y Arabia Saudí, en el que Irán posee fuerte vinculación con los clérigos chiitas. Hezbollah recibe distintos tipos de ayuda y fomenta el liderazgo en política, como en la elección (octubre de 2016) del actual presidente del Líbano, Michel Aoun. Este se ha visto forzado a mantener un duro equilibrio entre Teherán y Riad, pues necesita mantener las inversiones de los países árabes del Golfo y los intereses de los expatriados en las petromonarquías, así como el apoyo de Hezbollah para mantenerse.

La complejidad histórica que Yemen ha significado en el escenario regional se viene manifestando desde la independencia, y se ha mantenido tras la unificación. Con mayor calado desde la Primavera Árabe, este actor se encuentra sumido en un complejo proceso de desestabilización traducida en inestabilidad y deterioro político, social, económico, militar y humanitario, ante la indolencia internacional, con consecuencias no solamente internas sino también regionales. La posición de

Irán y Arabia Saudí en el caso de Yemen suele ser calificada como un escenario de *proxy war* en el marco de pugna por la hegemonía regional, y supera el reduccionismo de un conflicto sectario. En el país más pobre de Oriente Medio, estas dos potencias regionales encuentran un hábitat geoestratégico para su ancestral enfrentamiento indirecto, y contribuyen a dotar de mayor magnitud y complicación al conflicto actual menos visible de la región, en el que prolifera un heterogéneo conjunto de actores estatales y no estatales.

Si para Riad su vecino del sur supone un área natural compleja de inestabilidad que se traduce en preocupación securitaria, negando a cualquier otro Estado un enfoque de influencia sustancial, Teherán considera el caso como complementario de su política exterior de influencia en Siria e Irak, que sí son países clave, y sabe que de lo que se trata es de desgastar a Arabia Saudí más que una estrategia de asentamiento definitivo. Por tanto, esta táctica de intervención indirecta para apoyar a los hutíes (utilizando a la Guardia Revolucionaria, que no se implica en operaciones militares, aunque dota a este movimiento de asesores, armamento, recursos materiales y financieros) se puede considerar de hostigamiento hacia su principal adversario regional. Sin embargo, para Riad, Yemen es estratégico ante el temor de que un desenlace favorable para la república iraní pueda extender una sublevación chiita a Baréin o incluso al reino Saud, que cuenta con una mayoría chií en el este de su territorio donde se asientan importantes yacimientos de crudo.

La importancia que Yemen supone para el reino Saud supera al de su adversario. Prueba de ello es su actuación sobre el terreno a partir de 2015, que significa un fuerte golpe de efecto de la nueva política exterior del rey Salman. La internacionalización del conflicto se produce tras la intervención de la coalición multilateral de Estados, liderada por Arabia Saudí en marzo de 2015, que incluye a los países del CCG, excepto a Omán, a los que se suman Egipto, Marruecos, Jordania y Sudán para fomentar el “arco suní” y contrarrestar el chií (Echagüe, 2015: 23). El discurso de Arabia Saudí para justificar dicha intervención en Yemen resalta la vertiente sectaria, y acusa a Irán de interferir en su zona de influencia a través del apoyo a los hutíes. Con este relato argumental, Arabia Saudí reafirma sus capacidades frente al adversario iraní, contrarresta los fracasos de sus aliados en Siria, implementa la nueva política exterior del rey Salman y manda un mensaje a la propia población saudí de fortaleza del reino. Todo esto sin descontar los beneficios que comporta la geografía de Yemen, en concreto el estrecho de Mandeb, que separa a este país de África y que conecta el mar Rojo con el golfo de Adén y el océano Índico, y que es una de las rutas más dinámicas del comercio internacional, por la que pasa el 11% del crudo mundial.

Resulta obvia la diferencia en cuanto a implicación, coste y consecuencias de una posible derrota en Yemen para estos dos actores regionales. Para Irán supone un conflicto lejano a sus fronteras, donde no participa militarmente sobre el terreno, y no supone una gran pérdida en el ámbito de su política exterior, dado que este conflicto no está en el primer círculo de importancia. Sin embargo Arabia Saudí se juega una pieza importante, consciente de que perder a “su patio trasero” en favor de Irán sería un golpe fatal para sus pretensiones, y para evitar un mayor predominio de los iraníes en la región apoyando a sus aliados más allá de su espacio natural.

## 8. Conclusiones

En una región donde los actores internos verifican intereses confrontados, no resulta fácil establecer estrategias geopolíticas globales ni fijar un horizonte de solución por la acumulación de amenazas y conflictos. En primer lugar, se parte de un medio hostil e inseguro en el que predominan las relaciones de conflicto. En segundo lugar, están las amenazas constantes de diversos grupos no estatales y terroristas, que aspiran a convertirse en actores con lo que hay que contar en el juego geopolítico que se está produciendo en la región. En tercer lugar, la multiplicidad de actores e intereses enfrentados dificulta los procesos de solución de conflictos.

Los principales problemas internos a los que se enfrenta Arabia Saudí radican en la economía y el terrorismo, además de ejecutar una política interior que mantenga las tradiciones islámicas y evitar toda amenaza que afecte a la estabilidad del país y a la continuidad de la monarquía. En el plano externo se pueden dividir en tres grandes bloques: la preocupación respecto al liderazgo regional, la política de Estados Unidos en Oriente Medio con la Administración del presidente Trump y la revitalización de Irán, tanto en el plano global (con la mejora de sus relaciones con otros actores internacionales o en el mercado de los hidrocarburos), como en el regional, mediante la política exterior que está llevando a cabo en países desestructurados.

Irán, tras el aislamiento con Ahmadineyad y su política exterior hacia el este, ha vuelto a la región para quedarse, lo que queda verificado con la política pragmática y de intervención selecta implementada por Hassan Rouhani. Para ello, utiliza a un conjunto de aliados, estatales y no estatales, fundamentales bajo su órbita. Los países aliados de Washington en la región (CCG, Egipto, Jordania o Israel) temen por los desequilibrios de poder regional en favor de Irán, como ocurrió después de la nefasta intervención en Irak. Irán sigue siendo percibido por algunos Estados de la región como un actor que encarna amenazas diversas en el plano securitario. Su actual política exterior asentada en la convicción y capacidades como potencia regional no va a frenar el objetivo de obtener un papel clave en el futuro de Oriente Medio y en los conflictos surgidos. Esto no oculta sus problemas internos, centrados en la debilidad económica producto de las sanciones internacionales, o en las continuas tensiones entre moderados proaperturistas y conservadores aislacionistas, que dificultan la labor del actual régimen. Irán ha ido creando una sólida estructura interna para cuando surgiera la oportunidad de beneficiarse del precario orden regional. Aunque no tiene suficientes herramientas para moldear dicho orden, sí que posee las capacidades suficientes para no estar eclipsado y desgastar a los adversarios.

## 9. Bibliografía

- Albentosa Vidal, J. A. (2015): “Arabia Saudita: pilares y desafíos del reino del desierto”, *Panorama geopolítico de los conflictos 2015*, Instituto Español de Estudios Estratégicos- Ministerio de Defensa, pp. 179-234.
- Armadans, J. (2017): “Demasiadas armas en una zona demasiado conflictiva”, *Afkar/Ideas*, n° 54, pp. 48-55.

- Álvarez Ossorio, I. (2016): *Siria: revolución, sectarismo y yihad*, Madrid, La Catarata.
- Aznar Fernández-Montesinos, F. (2015). “La política exterior de Irán y su reflejo interior”, *Panorama geopolítico de los conflictos 2015*, Instituto Español de Estudios Estratégicos- Ministerio de Defensa, pp. 261-295.
- Al-Rasheed, Madawi (2015): “Saudi Arabia’s Foreign Policy: Loss without Gain?”, *The New Politics of Intervention of Gulf Arab States*, Middle East Centre, Vol. 1, abril 2015. Disponible en:  
<http://eprints.lse.ac.uk/61772/1/The%20new%20politics%20of%20intervention%20of%20Gulf%20Arab%20states.pdf> [Consulta: 3 de julio de 2017]
- Barbé, E. (2007): *Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.
- Blenckner, S. (2017): *El gasto militar crece en Estados Unidos y Europa y disminuye en los países exportadores de petróleo*: Disponible en:  
<https://www.sipri.org/sites/default/files/Milex-Press-Release-2017-ESP.pdf> [Consulta: 4 de julio de 2017]
- Blanchfield, K., Wazeman, P. D., Wazeman, S. T. (2017): *The state of major arms transfers in 8 graphics*. Disponible en:  
<https://www.sipri.org/commentary/blog/2017/state-major-arms-transfers-8-graphics>, [Consulta: 10 de julio de 2017]
- Calduch, R. (1998): *Métodos y técnicas de investigación internacional*, Madrid, UCM.
- Castro Torres, J. I. (2017): “La rivalidad Irán-Arabia Saudita en el contexto geoestratégico de la energía”, *Energía y Geoestrategia 2017*, Instituto Español de Estudios Estratégicos- Ministerio de Defensa, pp. 189-225.
- Coates Ulrichsen, K. (2016): “Arabia Saudí y el Consejo de Cooperación del Golfo”, *Vanguardia Dossier, Arabia Saudí ante sus desafíos*, n.º. 61, pp.72-75.
- Del Arenal, C. (2007): *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.
- Echagüe, A. (2016): “Arabia Saudí se planta”, *Afkar/Ideas*, n.º 49, pp. 22-24.
- Gutiérrez Espada, C., Silvela Díez Criado, E. (2006): *El conflicto de Irak I*, Ministerio de Defensa.
- Igualada Tolosa, C. (2016): *La relación de Estados Unidos y Arabia Saudí: evolución y motivos de desgaste*, Instituto Español de Estudios Estratégicos-Ministerio de Defensa. Disponible en:  
[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2016/DIEEEE01142016\\_Arabia\\_Saudi\\_CarlosIgualada.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2016/DIEEEE01142016_Arabia_Saudi_CarlosIgualada.pdf) [Consulta: 18 de julio de 2017]
- Kane, T. (2015): *The Decline of American Engagement: Patterns in U.S. Troop Deployments*, Hoover Institution Economic Working papers, Stanford University.
- Katulis, B. (2014): “Alianzas y equilibrios de poder en Oriente Medio”, *Afkar/Ideas*, n.º 44, pp. 24-26.
- Katzman, K. (2017): *Iran’s Foreign and Defense Policies*. Disponible en:  
<https://fas.org/> [Consulta: 14 de agosto de 2017]
- Krohley, N., Bencie, L. (2016): “Saudi Arabia’s economic Road Ahead”, *Foreign Affairs*, 12/10/2016.
- Mabon, S. (2015): “Arabia Saudí, Irán y la geopolítica cambiante de Oriente Medio”, *Afkar/Ideas*, n.º 46, pp. 18-20.
- Martínez Ferrer, J. M. (2017): “El Oriente Medio en 2016: tendencias y perspectivas hacia 2017”, *Panorama Estratégico 2017*, Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), pp. 125-126.

- Organización de los Países Exportadores de Petróleo OPEP (2016): “Annual Statistical Bulletin”. Disponible en:  
[http://www.opec.org/opec\\_web/static\\_files\\_project/media/downloads/publications/ASB\\_2016.pdf](http://www.opec.org/opec_web/static_files_project/media/downloads/publications/ASB_2016.pdf) [Consulta: 16 de agosto de 2017]
- Parsi, T. (2017): “Trump, Irán y la hegemonía en Oriente Próximo”, *Política Exterior*, nº 177, pp. 34-38.
- Perlo-Freeman, S., Fleurant, A., Wezeman, P., y Wezeman, S. (2016): *Trends in world military expenditure, 2015*. Disponible en:  
<http://books.sipri.org/files/FS/SIPRIFS1604.pdf> [Consulta: 16 de agosto de 2017]
- Priego Moreno, A. (2015): *La nueva política exterior de Arabia Saudí*. Disponible en:  
[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_marco/2015/DIEEEM18-2015\\_NuevaPoliticaExterior\\_ArabiaSaudi\\_A.Priego.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2015/DIEEEM18-2015_NuevaPoliticaExterior_ArabiaSaudi_A.Priego.pdf)  
[Consulta: 16 de agosto de 2017]
- Shanahan, R. (2016): “La lucha con Irán por el liderazgo regional: Siria y la guerra en Yemen como escenarios”, *Vanguardia Dossier Arabia Saudí ante sus desafíos*, nº 61, pp. 76-81.
- Skwarek, U. (2017): *Irán: nuevos tiempos, viejos retos*, Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), nº 31, 20 de marzo. Disponible en:  
[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2017/DIEEEE031-2017\\_Iran\\_Urszula.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2017/DIEEEE031-2017_Iran_Urszula.pdf). [Consulta: 16 de agosto de 2017]
- Takeyh, R. (2010): “The Iran-Iraq War: A Reassessment”. *The Middle East Journal*, Volume 64, nº 3, pp. 365-383.
- Takeyh, R. (2017): *A New Mideast Cold War Intensifies*, Council on Foreign Relations, 25 de mayo. [Consulta: 12 de septiembre de 2017]
- Terrill, W. A. (2012): “The Saudi-Iranian Rivalry and the Future of Middle East Security”. Tyler, M., Boone, A. M. (editors): *Rivalry in the Middle East Saudi Arabia and Iran*, New York: Nova, pp. 1-51.
- Tian, N., Fleurant, A., Wezeman, P. D., Wezeman, S. T. (2017): *Trends in world military expenditure, 2016*, Estocolmo, SIPRI. Disponible en:  
<https://www.sipri.org/sites/default/files/Trends-world-military-expenditure-2016.pdf>  
[Consulta: 16 de agosto de 2017]
- Weisbrode, K. (2016): “La relación con Estados Unidos”, *Vanguardia Dossier Arabia Saudí ante sus desafíos*, nº 61, pp. 86-89.
- Zarif, J. Z. (2017): *Munich Security Conference 2017*. Disponible en:  
<https://www.securityconference.de/en/media-library/munich-security-conference-2017/video/statement-by-mohammad-javad-zarif-1/> [Consulta: 23 de agosto de 2017]